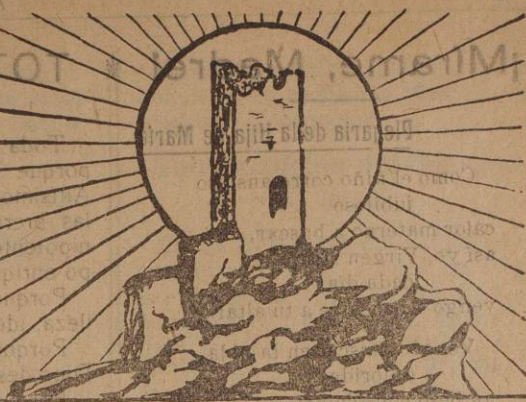


Amor y Esperanza

Periódico - Parroquial-Quincenal



Año IV

Alhama de Murcia, Domingo 11 de Diciembre de 1927

Núm. 93

La pavimentación del Templo

IMPRESIONES Y SEMBLANZAS

II

Os decía en el número anterior, que si tuviéramos minas de oro, de oro había de ser el pavimento del Templo.

Es el albergue de Imágenes venerandas de Jesucristo Señor nuestro, de la Santísima Virgen y de Santos eminentes que, con sus maravillosos ejemplos de abnegación, de desprendimiento y de desprecio de cuanto el mundo ofrece de halagador y seductor, nos están constantemente diciendo: «Mirad al Cielo que es vuestra patria... El camino, es la caridad».

¡Cuántas veces orando ante estas Imágenes, lleno el corazón de pena y de lágrimas los ojos, habréis recibido consuelo...!

Pero, sobre todo: el Templo es la Casa de Dios, es la morada de Jesucristo, Rey inmortal de los siglos que, rasgando los Cielos, ha venido a hospedarse en esta Iglesia.

¡Sí, aquí está Jesús, realmente presente...! Está oculta su Majestad y su Gloria tras los velos eucarísticos; pero nos mira, nos oye, se compadece de nuestras penas, se comunica con nuestras almas...

¡Cuántas veces, de rodillas junto al Sagrario, habréis experimentado esa corriente misteriosa de amor que se establece entre Jesús y las almas buenas...!

¡No! No hay atmósfera como la que se respira junto al Sagrario... No hay amor que llene y satisfaga tanto, como el amor dulcísimo de Jesús...

Él, ha sido siempre el Tesoro de los buenos hijos de Alhama. A beber en esta Fuente de gracias, han venido vuestros difuntos padres, hijos, esposos, hermanos... y aquí han vivido sus días más felices.

Por esta nave y por estas capillas

pasaron ellos y... ahora pasais vosotros.

Y como esta Iglesia es relicario de los amores de Dios y de las lágrimas de un pueblo, su pavimento... no será de oro, porque no hay minas que lo produzcan, pero será de mármol.

Repuesto un tanto de mis anteriores impresiones, me dirigí donde ya sabéis: casa de

Don Lorenzo Rubio Sánchez

Si no temiera ofender su modestia, diría yo muchas cosas de D. Lorenzo Rubio.

Apenas tomé posesión de esta Parroquia, tuve el altísimo honor de conocerle. ¡Y estaba él en América! ¿Cómo, pues, — diréis?

Muy sencillo: le conocí por sus obras. Así como el árbol se conoce por sus frutos, así el hombre, se conoce por sus obras.

Acababa de dotar a su pueblo de un soberbio depósito de aguas potables y de dos magníficas fuentes; y con el honor de bendecirlas, me cupo también la satisfacción de asistir con las Autoridades civiles y el pueblo en masa, a la celebración de este acontecimiento.

Después, le conocí personalmente, y puedo asegurar que no ha sabido él en Alhama necesidad alguna de carácter público o privado que no haya socorrido con esplendidez. Hasta el punto de que al pedirle alguna vez, he tenido que poner límite a su generosidad, diciéndole: no tanto, amigo mío, no tanto; para esta obra, con esto hay bastante.

Así es él, y así son también su bondadosa esposa, simpáticas hijas y aplicados hijos.

Llego, pues, a su casa, me hace pasar a un gabinete y al enterarse del objeto de mi visita, me dice:

—Sí, ya he leído en AMOR Y ESPERANZA el presupuesto de la pavimentación del Templo, usted sabe que siempre me tiene dispuesto. Y con referencia a la pavimentación, ya le

dije que contara conmigo. Pero, ¿no hay una capilla más grande? Me llama la atención no verla incluida en el presupuesto.

—Efectivamente; la Capilla de la Comunión, no está incluida en el presupuesto porque he temido elevarlo mucho; y como está pavimentada de cemento, ha podido quedarse para después.

—Es lástima, Sr. Cura; si usted quiere, corre de mi cuenta el pavimentarla.

—Pero, D. Lorenzo, que son muchos metros.

—No importa. Yo siempre he tenido mucha confianza en la Providencia; y por mucho que he gastado jamás me ha faltado. Nunca he querido ser esclavo del dinero. Conque, ya lo sabe usted, corre de mi cuenta.

—Como usted quiera, D. Lorenzo; y... ¡Dios se lo pague! Me levanté emocionado y me despedí de él.

A los pocos días y a la hora convenida, llega al átrio de la Iglesia. Le esperaba allí conmigo, los señores Coadjutores, sacristán y maestro de obras.

Nos dirigimos a la Capilla de la Comunión y dijo al maestro: mida, Pedro, la Capilla.

Tira el maestro de la cinta y mide: ¡Ciento trece metros cuadrados!

Eso es poco, — dice D. Lorenzo. — Síga midiendo hasta el crucero.

¡Ciento cincuenta metros!

Es lástima, — sigue diciendo D. Lorenzo — que quede ese trozo en el centro del crucero; pero, en fin, ya veremos.

Decir lo que por nosotros pasaba en aquellos momentos, es imposible. El corazón saltaba de gozo. Reíamos, y al mismo tiempo, las lágrimas brotaban de nuestros ojos...

¡Dios se lo pague! — exclamamos todos — ¡Dios se lo pague, D. Lorenzo!

¡Dios lo dá todo! — contestó él

EL PÁRROCO

